

## Primeras influencias

«Un gran descubrimiento no sale preconcebido de la cabeza de un científico, como salió Minerva totalmente armada de la cabeza de Júpiter; es fruto de la acumulación de investigaciones preliminares», escribe Marie Curie. Y como muy bien dijo Louis Pasteur, «la suerte sonrío a las mentes bien preparadas». Pero los grandes logros necesitan algo más que preparación científica; necesitan una persona especialmente dotada para la tarea. Marie Curie, con un carácter formado por la discriminación y las privaciones, por las presiones y las ambiciones paternas, por el patriotismo y el disimulo, era una persona de ese tipo.

Cuando tenía cuatro años, se quedó paralizada delante de una vitrina: dentro había «varias baldas repletas de sorprendentes y gráciles instrumentos: tubos de vidrio, pequeñas balanzas, muestras de minerales e incluso un electroscopio de hojas de oro». El profesor Wladyslaw Sklodowski le dijo a su hija que la vitrina contenía sus «instrumentos de física». Marya Salomee Sklodowska, llamada cariñosamente Manya, que iba a convertirse en la Madame Curie famosa en todo el mundo, no tenía ni idea de lo que significaban estas palabras, pero «no lo olvidó». Esta anécdota, relatada por Eve Curie, sugiere la existencia de un temprano vínculo con la ciencia pero, en realidad, nos dice más sobre el vínculo de la niña con su padre. La vitrina permanecía cerrada, ya que las clases de ciencias del profesor Sklodowski se habían cancelado tras el sangriento levan-

tamiento polaco que tuvo lugar en enero de 1863, cuando las autoridades rusas prohibieron a los profesores polacos enseñar física y química. Marie Curie diría más tarde que la represión rusa impidió a su padre hacer lo que podría haber sido una extraordinaria carrera en el campo de las ciencias. Aunque Wladyslaw continuó leyendo revistas e informes científicos, «mi padre no tenía un laboratorio y no podía realizar experimentos». Ella no iba a ser, desde luego, la primera niña impulsada a hacer realidad los frustrados sueños de un padre.

El profesor Sklodowski llevaba una precaria existencia como subinspector y maestro en un instituto público, del gobierno ruso, para chicos de Varsovia. Estos institutos rusos eran los únicos autorizados para dar diplomas. Muchos de los maestros polacos de estas escuelas eran considerados por sus paisanos como «contaminados» por los rusos. Pero Wladyslaw pensaba en el fondo que podía mantener vivos la cultura y el nacionalismo polacos a través de sus enseñanzas.

Polonia había sido en otro tiempo un país orgulloso de sí mismo, pero tras la derrota final de Napoleón en Waterloo, en 1815, en el Congreso de Viena, el zar Alejandro I de Rusia fue nombrado «rey de Polonia» y este país quedó bajo el control conjunto de Rusia, Prusia y Austria. En muchos mapas, se suprimió incluso el nombre de Polonia; ahora se llamaba «Vístula» por el río que llevaba ese mismo nombre. Los rusos fueron especialmente duros. Se prohibió la lengua polaca en las escuelas, al igual que la enseñanza de la historia y la literatura polacas. La lengua oficial era el ruso y todas las indicaciones de las calles y de las tiendas estaban escritas en cirílico.

Dos levantamientos contra la ocupación rusa habían fracasado. Ambos afectaron de cerca a la familia Sklodowski. En el primero, en noviembre de 1830, el padre de Wladyslaw, Jozef, respetado profesor de física y química, combatió en la artillería. Capturado por los rusos, fue obligado a andar descalzo más de doscientos kilómetros hasta un campo de concentración. Por el camino perdió veinte kilos. Sus pies, ensangrentados e hinchados, le dolieron durante el resto de su vida. Consiguió escapar de allí milagrosamente.

El levantamiento de enero de 1863 fue un desastre aún peor. Durante año y medio, los combatientes polacos –algunos armados únicamente con palas, porras y azadas– se enfrentaron al ejército del zar. Al final, miles de miembros de la resistencia polaca murieron o fueron exiliados a Siberia. Uno de los tíos de Manya cayó herido en los enfrentamientos. Otro pasó cuatro años en Siberia. Alrededor de cien mil miembros de la resistencia polaca cogieron lo que pudieron llevar consigo y escaparon a otros países, principalmente a Francia. En agosto de 1864, los cabecillas de la insurrección fueron capturados y ahorcados. Sus cuerpos colgaban de las murallas de la ciudadela de Alejandro a pocas manzanas de la casa de los Sklodowski. Allí los dejaron todo el verano pudriéndose con el calor.

El profesor Sklodowski libró la batalla desde dentro. Como muchos intelectuales, se dio cuenta de que la rebelión abierta era infructuosa. En 1860, cuando comenzaba a fermentar la insurrección contra el zar, se casó a los veintiocho años con una hermosa y culta joven, Bronislava Boguski. Ambos provenían de la baja aristocracia conocida con el nombre de *Szlachta*. Aunque esta clase social había conseguido conservar algunos de los símbolos de la aristocracia, como emblemas reales y pueblos que llevaban el nombre de su familia, la mayoría había perdido con los años tanto sus tierras como su riqueza. Sin embargo, conservaron su amor al saber y llegó a haber entre ellos sacerdotes, médicos, maestros, músicos. Alrededor del 40 por ciento del campesinado era más rico, pero los miembros de la *Szlachta*, sumidos en el recuerdo de glorias y logros intelectuales pasados, se sentían inmensamente superiores a los que se medían por los bienes materiales que poseían.

Jozef Sklodowski, el abuelo de Manya, había estudiado en la Universidad de Varsovia, pero decidió enseñar en las provincias menos sometidas a la represión. Su padre también quiso estudiar en la Universidad de Varsovia, pero ésta se cerró temporalmente tras la rebelión de 1830. Wladyslaw se vio obligado a recibir clases particulares de biología y posteriormente estudió en la Universidad de Ciencias de San Petesburgo, donde obtuvo la licenciatura de matemáticas y física. A continuación regresó a Varsovia y fue contratado como profesor ayudante. Su sueldo era tan escaso que no

habría podido casarse, de no ser por Bronislava Boguski, que acudió en su ayuda.

La idea, tan extendida en la época, de que las mujeres no estaban preparadas ni física ni mentalmente para trabajar quedó hecha añicos por una realidad oculta: las mujeres campesinas trabajaron en las fábricas y en los talleres por una mínima parte de lo que ganaban los hombres y, en el campo, labraron la tierra y recogieron la cosecha. Durante la rebelión de 1863, fueron las mujeres las que se hicieron cargo con enorme eficiencia del trabajo de los hombres. Cuando fracasó la insurrección, se vieron relegadas de nuevo, a menudo a su pesar, al matrimonio, la crianza y las faenas domésticas. Las profesiones a las que podían acceder eran limitadas; las más frecuentes, la enseñanza y la enfermería.

Los padres de Bronislava no eran ricos, pero habían conseguido llevarla a la escuela de la calle Freta, que era la única escuela privada para niñas que había en Varsovia. Todas esas escuelas privadas eran controladas por responsables rusos, pero esta escuela de niñas no estaba tan controlada como las escuelas equivalentes de niños, pues las autoridades rusas creían que las mujeres nunca accederían ni a la vida pública, ni a la política ni, de hecho, a ningún otro puesto influyente en un mundo de hombres.

Para cuando Bronislava se casó con Wladyslaw en 1860, había logrado ascender de maestra a directora de la escuela de la calle Freta a fuerza de inteligencia y de una capacidad excepcional para los estudios. Tenía unos ingresos estables y ocupaba una espaciosa casa de planta baja contigua a un ala de la escuela. Al casarse, Bronislava comenzó a llevar la vida típica de una mujer de su época, pero también asumió la carga añadida de aportar ingresos. En los seis años siguientes dio a luz a cinco hijos: Zofia (llamada cariñosamente Zosia) en 1862; Jozef en 1863; Bronislava (Bronya) en 1865; Helena (Hela) en 1866; y el 7 de noviembre de 1867, el mismo año en que Karl Marx publicó el primer volumen de *Das Kapital* y Alfred Nobel patentó la dinamita, su última hija Marya Salomee (Manya). Después de todo esto, Bronislava le dijo a un amigo: «Debo confesar que no me importaría volver a ser la señorita Boguski, ahora que he visto lo difícil que es la vida de una mujer».

En 1867, el marido de Bronislava fue nombrado director adjunto con derecho a alojamiento en un instituto ruso situado en la calle Nowolipki. No cabía ninguna duda de que la carrera del profesor Sklodowski iba a tener prioridad sobre la de su mujer. La familia, las cuatro hijas y un hijo, se mudó de inmediato del centro de Varsovia a las afueras. Durante un tiempo, Bronislava recorrió el largo trayecto que la separaba de la escuela de la calle Freta, pero el hecho de no estar ya cerca sus hijos, unido a la presión de sus demás responsabilidades, hizo que su salud comenzara a resentirse. Dimitió y se dedicó en exclusiva a las labores del hogar y a dar clases particulares en casa a Zosia y Jozef. Para ahorrar algunos rublos, también aprendió el oficio de zapatero y montó un banco para hacer los zapatos de sus hijos; de esa manera, sólo tenía que pagar el cuero. Los golpes de su martillo acompañaban las clases que daba a sus hijos.

En 1871, cuando Manya tenía cuatro años, su madre comenzó a perder peso. Tosía constantemente, síntoma clásico de la tuberculosis. Manya nunca tendría el recuerdo de un beso o una caricia de su madre. No cabe duda de que su madre tomó esa decisión por precaución, así como la de usar sus propios platos y cubiertos, pero la niña, deseosa de afecto, sintió dolorosamente el distanciamiento. Las costumbres de la época también creaban un abismo entre padres e hijos. Sus padres tenían autoridad absoluta y sus hijos se dirigían a ellos formalmente. Manya hacía lo que le decían. Nunca pudo preguntar qué le pasaba a su madre.

Por consejo de dos médicos, Wladyslaw, aunque andaba corto de dinero, decidió mandar a su mujer a sucesivos tratamientos. Bronislava obedeció a regañadientes. En aquella época se pensaba que la tuberculosis podía curarse pasando una larga temporada en un clima suave o en la montaña, reposando o bebiendo aguas curativas. Aún tendrían que pasar nueve años para que se aislara el bacilo de la tuberculosis y la gente comenzara a darse cuenta de que era una enfermedad contagiosa. Como no podía pagarse una enfermera, se llevó con ella a su hija Zosia, que entonces tenía diez años. Esta niña trató patéticamente de cuidar a su madre como haría una enfermera adulta.

A medida que la separación se prolongaba, Bronislava comenzó a desanimarse. A una cura en los Alpes austriacos cerca de Innsbruck le sucedió otra en Niza. A Bronislava le preocupaba el dinero que estaba costando su tratamiento. Al prolongarse y entrar en su segundo año, tanto ella como Zosia comenzaron a sentir una creciente nostalgia. En Niza, el día de Nochebuena, Zosia puso la mesa como hacía en casa y las dos con lágrimas en los ojos partieron la hostia consagrada que les habían mandado desde Varsovia. «Quiera Dios que éstas sean... las últimas Navidades que paso lejos de mi familia», rogó Bronislava.

Durante la ausencia de su esposa, el profesor Sklodowski se hizo cargo del cuidado de sus otros hijos, y las circunstancias hicieron que siguiera siendo así durante el resto de su crianza. Este hombre, con su raído abrigo negro, se convirtió en el comandante supremo de su pequeña tropa. Los días y las tardes de los niños se dividieron minuciosamente en periodos de estudio y de ejercicio. Manya recordaba que incluso la conversación más superficial contenía una enseñanza moral o académica, que un paseo por el campo servía para explicar un fenómeno científico o los misterios de la naturaleza y que una puesta de sol constituía un discurso sobre los movimientos de los astros. Como su madre era una ferviente católica, los niños aprendieron el catecismo y una tía los llevaba a la iglesia todos los domingos, donde rezaban por la vuelta de su madre. En casa les habían dicho que añadieran a la oración vespertina, «devuélvele la salud a nuestra madre».

Wladyslaw infundió a sus hijos la esperanza de que Polonia volvería a ser una nación y un odio profundo a la Rusia zarista. De camino a la escuela, Manya y un amigo se paraban delante de un obelisco, erigido por el zar Alejandro II cerca de la Plaza de Sajonia, en el que figuraba la inscripción a los polacos fieles a su soberano. Apuntando, escupían sobre aquellas odiosas palabras. Cuando el zar fue asesinado por una bomba terrorista en San Petesburgo, encontraron a Manya y a sus compañeros de clase polacos bailando de alegría en la clase.

En la reglamentada vida de los niños, los sábados por la noche constituían un agradable paréntesis. De siete a nueve, su padre —que

hablaba no sólo su lengua materna sino también el ruso, el francés, el alemán y el inglés— les leía en voz alta libros como *David Copperfield*, traduciendo simultáneamente el texto al polaco. A Manya le conmovía especialmente *Historia de dos ciudades*, novela en la que un patriota se había visto obligado a hacer zapatos, igual que su madre.

Todos los hijos de Sklodowski eran inteligentes y sobresalían en la escuela, pero Manya era la más brillante. A los cuatro años, observando lo mucho que le costaba leer a su hermana mayor Bronya, cogió su libro y leyó impecablemente en voz alta la primera frase. Y al ver las caras de asombro a su alrededor, rompió a llorar, pensando que había cometido un pecado imperdonable. «No lo he hecho adrede», gimoteó lastimeramente, «pero era tan fácil». Unos años más tarde, un conocido le leyó un poema y ella le pidió una copia. Para hacerle rabiarse, él le dijo que se lo leería otra vez y que como se suponía que ella tenía muy buena memoria, podría recitarlo sin ninguna duda de memoria. Leyó el poema. Manya se fue a otra habitación y, media hora más tarde, salió con una transcripción perfecta.

Manya y sus hermanas empezaron sus estudios en la escuela de la calle Freta, pero cuando Manya tenía seis años y medio, ella y Helena fueron trasladadas a una escuela que estaba más cerca de su casa. A Manya la colocaron en una clase de tercer grado, a pesar de que muchas de sus compañeras eran uno o dos años mayores. Esta escuela estaba más controlada por las autoridades rusas que la anterior, pero su directora era una polaca patriota, Madame Jadwiga Sikorska, quien, para engañar a las autoridades rusas, elaboró en secreto un horario doble. Sus estudiantes sabían que donde ponía «Botánica» había «Historia de Polonia» y donde ponía «Clases de alemán» había «Literatura polaca». Ideó un ingenioso plan que consistía en que si se acercaba una autoridad rusa, sonaría una campana y los libros polacos desaparecerían de la clase y se sustituirían por libros rusos. En una ocasión, llegó un inspector y se eligió a Manya, la alumna más brillante, para que respondiera a sus preguntas en su ruso perfecto. La última pregunta que le hizo fue: «Y, ¿cómo se llama nuestro amado zar?» Manya hizo una pausa y respondió con voz entrecortada: «El zar Alejandro II». Tan pronto como se

cerró la puerta, rompió a llorar por haber sido tan pérfida. Pero había comenzado a aprender que la manifestación de los verdaderos sentimientos puede tener desastrosas consecuencias.

Su padre, a quien adoraba, también llevaba una doble vida; daba clases a escondidas sobre los científicos polacos para inculcar a sus estudiantes el orgullo por los logros de Polonia. En la escuela de la calle Nowolipki, el inspector jefe, que era ruso, descubrió las actividades subversivas del profesor Sklodowski. Fue despedido de inmediato, por lo que perdió tanto el alojamiento como el sueldo, justamente en el mismo momento en que Bronislava decidía volver a casa aún estando enferma. Cuando Manya vio de nuevo a su madre y a su hermana más mayor, corrió hacia los brazos de Zosia, pero su madre levantó la mano con la palma extendida para que Manya no se acercara. La niña de seis años se paró en seco, reconociendo a duras penas el espectro de una mujer de áspera tos. Ese domingo Manya se arrodilló en la iglesia y rezó. Le dijo a Dios que daría su vida si curaba a su madre.

La familia alquiló una casa y para pagar los gastos, el profesor Sklodowski abrió un internado de chicos, principalmente para estudiantes de provincias. Al principio había cinco, luego diez, después veinte. En esta casa había poca intimidad. Manya dormía en un sofá en el comedor. Todas las mañanas se levantaba a las seis y ponía la mesa del desayuno.

En enero de 1874, uno de estos numerosos huéspedes contagió el tifus tanto a Bronya como a Zosia. El tifus, que se transmitía a través de los piojos y de las pulgas que habitaban en la ropa sucia, en la ropa de cama o en el pelo de los animales, medraba en condiciones de hacinamiento. En dos epidemias que hubo anteriormente en Varsovia habían muerto miles de personas. Las hermanas de Manya permanecían tumbadas temblando de fiebre, mientras en la habitación de al lado se oía toser a su madre día y noche. Bronya se recuperó a los doce días. Dos semanas después moría a los veinte años Zosia, la querida compañera de su madre. Bronislava, demasiado enferma para ir al cementerio, se quedó mirando por la ventana el paso del cortejo. Manya, con el largo abrigo de su hermana muerta, caminaba detrás del féretro como si estuviera en tran-



ce. En mayo de 1878, Bronislava sucumbió finalmente a la tuberculosis. Manya escribiría que a los cuarenta y dos años su madre había sido «golpeada cruelmente por la pérdida de su hija y minada por una grave enfermedad». El domingo siguiente Manya fue a la iglesia como siempre, pero mientras se arrodillaba pensó que nunca más creería en la benevolencia de Dios.

El dolor de estas dos muertes se manifestó en lo que ella misma denominó una «profunda depresión», el comienzo de una dolencia que le acompañaría toda su vida. Más tarde, cuando se convirtió en Madame Curie y la atención de todo el mundo se volcó en ella, se volvería menos franca y hablaría de «fatiga», de «agotamiento» o de «mis problemas de nervios» cuando se refería a estos episodios. Hoy el diagnóstico de los expertos sería un importante trastorno depresivo recurrente que suele desencadenarse a raíz de una pena profunda o por una pérdida. Estuvo muchos meses yéndose furtivamente a lugares desiertos y llorando, pero se lo ocultó a su familia y a sus compañeros de clase. Continuó haciendo sus tareas escolares sin mostrar signo alguno de dolor y siguió siendo la primera de la clase. Poco después de que muriera su madre, Manya parecía perderse en los libros horas enteras, a veces días enteros. Hablaba poco. Sólo era capaz de sobrellevar su dolor olvidándose del mundo y centrando obsesivamente la atención en un tema, manteniendo así a raya su sentimiento de desolación. Años más tarde, Eve recordaba haber llegado a casa a las tres de la mañana, haber visto la luz encendida en la habitación de su madre, entrar y verla enfrascada en artículos científicos sin percatarse de la presencia de su hija. Desde su niñez, la depresión y el retraimiento caracterizaron la vida de Manya y de quien, de adulta, se convertiría en Madame Curie.

Al final del curso escolar de 1879, Madame Sikorska, directora de la escuela de Manya, fue a ver al profesor Sklodowski y le informó de que Manya, aunque iba adelantada en la escuela, era extraordinariamente sensible y psicológicamente frágil. Le propuso esperar un año para pasarla al curso siguiente. Su padre hizo exactamente lo contrario. Como las escuelas controladas por los rusos eran las únicas que permitían acceder a la enseñanza superior, sacó a su

hija del ambiente protector de Sikorska y la matriculó en el instituto ruso número tres. El nivel de enseñanza del instituto, que había sido alemán, era excelente, pero los esfuerzos rusos por eliminar la cultura polaca causaban estragos emocionales. Durante los años que permaneció allí, Manya tuvo la profunda sensación de que los profesores trataban a los estudiantes polacos como si fueran enemigos. Siendo niña había escrito que, a veces, cuando estaba enfadada, se sentía abandonada o se veía obligada a mentir, quería «arañar como un gato», pero ahora se rebelaba de formas más sutiles. Cuando uno de sus profesores la reprendió por sus aires de superioridad y le dijo, «Me da la impresión de que me miras por encima del hombro», Manya, que era más alta que su profesor, le respondió con ira disfrazada de humor, «La verdad es que no puedo hacer otra cosa».

Los hijos de Sklodowski cumplieron uno tras otro las expectativas de su padre, terminando sus estudios los primeros de su clase y con todas las distinciones, salvo Helena, que terminó segunda, con el sentimiento de haber fallado a su padre. Manya Salomee Sklodowska acabó sus estudios en el instituto público con la mejor nota de su clase y una medalla de oro por ser la mejor alumna de 1883. Tenía quince años.

Tras años de presión, de rendir perfectamente, de disimulo, de reprimir sus apasionados sentimientos y de desesperación, sufrió una crisis nerviosa devastadora. Permaneció en la cama, a oscuras, sin hablar y apenas comer. Su padre, alarmado, decidió mandarla al campo con unos parientes para que recuperara la salud y el equilibrio. Y así comenzó el que iba a ser el año más feliz y perfecto de su vida.

Los Boguski y los Sklodowski estaban emparentados y algunos de ellos habían conservado sus casas solariegas y parte de su patrimonio. Manya pasó la primera parte del verano en el sur, en casa de un tío Boguski. Al principio estaba tan débil y deprimida que lo único que podía hacer era descansar, pero poco a poco comenzó a recuperar su buen humor. Abandonó los libros de ciencias y leía novelas, pescaba y cogía fresas silvestres con sus primos, daba largos paseos, jugaba al aro, al volante y al escondite y disfrutaba de

«muchas cosas igualmente pueriles». Le dieron un cuaderno de dibujo, en el que demostraba tanto talento como humor. Uno de los bocetos era del perro de la familia comiendo de su plato. «A veces me río para mis adentros y contemplo con verdadera satisfacción mi estado de total estupidez». Estaba disfrutando de la infancia que nunca había tenido.

En noviembre fue a ver a otro tío que vivía aún más al sur, en las estribaciones de los Cárpatos. Su tío y un primo tenían talento para el violín. Éste también era un hogar feliz, lleno de música, libros y arte. Entonces, precisamente cuando parecía que iba a acabarse la diversión, una de las antiguas alumnas de su difunta madre, que había adquirido una buena posición al casarse, invitó a Manya y a Helena a su finca situada al noreste de Varsovia. Allí las fiestas eran incluso más variadas que en casa de los tíos de Manya, y Helena recordaba que el tiempo «pasaba tan deprisa como un sueño, aunque los recuerdos han perdurado».

Años después, Marie le habló a su hija Eve de aquel año mágico, en el que sus tíos y tías le habían prodigado regalos, en el que trineos llenos de jóvenes bulliciosos iban de noche de una casa solariega a otra, festejando, coqueteando y bailando la última mazurca al amanecer. Le contó a Eve que una noche había bailado tanto que había tirado las zapatillas a la basura, pues no quedaba nada de ellas. Eve, que nació cuando su madre tenía treinta y siete años y sólo tenía catorce meses cuando murió su padre, apenas podía imaginar en la adusta, callada, solitaria, aparentemente impasible madre en que se había convertido Madame Curie, la joven feliz, alegre y abierta que había estado bailando toda la noche.